





# RAÍCES<sub>Y</sub> PUNTAS



RAÍCES<sub>Y</sub>  
PUNTAS

---

ALEJANDRO LUQUE

Primera edición, mayo 2017  
© Alejandro Luque, 2017  
© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED  
978-84-947141-2-2



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5  
41009, Sevilla, España  
triskelediciones@triskelediciones.es  
www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.  
Ilustración: José Pérez Olivares  
Impresión: Masquelibros S.L.

EDITADO EN ESPAÑA  
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Para Ángela, que puso música a aquellos años.





En apenas un lustro, entre 2007 y 2013, entrevisté a medio millar de personajes de la cultura y leí unos 1.500 libros. Se me fue media docena de personas muy queridas. Descubrí lo que era convivir con una pareja y dos gatos. Escribí un blog, fundé una web de cultura mediterránea y abrí una cuenta de Facebook. Viajé por primera vez a Atenas, Tokio y Nueva York. Dejé de fumar, empecé a usar gafas y aprendí italiano. Asistí al estallido de la crisis, al hundimiento del periodismo y al comienzo de unos tiempos más oscuros, de los que acaso no hemos salido aún. Esta es la crónica fragmentaria, memoriosa y algo perpleja también, de aquellos años.



(2007)

## El niño Lem

Cuando estuve en Cracovia, vagando solo por las calles adoquinadas y anochecidas, miraba hacia arriba preguntándome cuál de esas luces encendidas podría ser la casa de Stanislaw Lem. Y soñaba con llamar a su puerta, compartir con él un café o un vaso de *zubrowka*, contarle cómo me había reído a carcajadas con sus *Diarios de las estrellas* o todo lo que para mí significa *Solaris*. En su lugar, tuve que conformarme con jugar a músico ambulante, tocando el cajón con unos flamencos polacos que a su vez soñaban con remedar las falsetas de Vicente Amigo.

Lem murió unos meses después, pero leyendo sus memorias de infancia, *El castillo alto*, me han entusiasmado algunas coincidencias con mi propia vida. Por ejemplo, que canalizara sus primeras ínfulas literarias en el instituto, a través de plagios maquillados con algunos detalles de cosecha propia. Pero sobre todo, que su padre se dedicara a la otorrinolaringología, como el mío, y un día le mostrara una colección de objetos similar a la que mi padre me mostró: "cuerpos extraños procedentes de las tráqueas y los esófagos de sus pacientes; cosas bastante inocentes por sí solas, aunque maravillosas si se piensa de dónde habían salido". Lem enumera anzuelos, broches varios y judías que habían co-

menzado a germinar, monedas, un rollo de película. Yo recuerdo también botones de diversos tamaños, y alguna canica.

Me hubiera gustado contarle eso al viejo Lem. Y luego, si quedara tiempo, hablaríamos de *Solaris*.

### **Nooteboom, los hoteles de Palermo**

No es fácil encontrar muchos escritores holandeses, y más aún traducidos al español y que sean buenos. Todavía no he leído lo suficiente a Cees Nooteboom como para hacerme una opinión, pero en una novela suya, *Rituales*, encontré un pasaje que me fascinó: "Aunque ellos no lo sepan ni lo vean, en aquel cuarto de hotel de Palermo, fluye ya, muy suave y sigilosamente, aquello por lo que ella le abandonaría: su debilidad".

En mi relato A y R, una parejita aparentemente feliz llega a Palermo para pasar el fin de semana, pero a lo largo de la jornada se va percibiendo entre ellos ciertas fisuras que se ensanchan hasta desencadenar, ya de noche y en la habitación de su hotel, una lamentable crisis. No he podido evitar sentir que Nooteboom sintetizaba en esas tres líneas lo que yo quería explicar en veinte o veinticinco páginas. Y no era Ámsterdam, ni Londres ni Bruselas, sino precisamente Palermo.

Si alguna vez me lo encuentro, a Nooteboom, tendré que decirle lo que una venerable ancianita confesó a Juanjo Téllez después de que éste leyera en público un poema de alta graduación erótica: "Caballero, se nota que usted y yo hemos tenido experiencias muy parecidas".

## Año nuevo con Pasolini

Recuerdo el primer día 1 que tuve que trabajar: era en el Cádiz Información, y la calle Ancha de Cádiz parecía una lengua de tristeza lamiéndome las suelas de los zapatos. Ahora casi me gusta la idea de abrigarme y salir en busca del C2 que tiene que llevarme a la Cartuja. Llevo bajo el brazo *Larga carretera de arena*, una serie de reportajes por la costa italiana que escribió Pier Paolo Pasolini a finales de los años 50. Algunos pasajes son bellísimos. Mi favorito, claro, es el que habla de Sicilia:

"No sé entonces explicar en qué consiste su encanto, tendría que vivir años aquí... Ahondando, conociendo mejor –no sólo con los ojos, con el olfato–, las razones de un amor tan espontáneo deben resultar bien verdaderas y profundas".

El cine de Pasolini me agrede, pero en su poesía –*Las cenizas de Gramsci*– me siento a gusto. "Es necesario ser locos para ser claros", dice uno de sus versos. "Pero como yo poseo la historia/ la historia me posee a mí; por ella/ me siento iluminado, pero ¿para qué sirve/ la luz?"

Nota.- En su película *Caro Diario*, Nani Moretti pasea en vespa por el lugar donde Pasolini –marxista, católico y homosexual– fue asesinado. Me estremecen, y entristecen, esas imágenes. No es nada, sólo una vuelta en moto, no hay texto en esa escena, apenas una ligera música de fondo y un silencio clamoroso, todo bañado con la luz inútil de la historia.

(2008)

### **Boyne tras las alambradas**

Contraviniendo mi norma de esperar cien años antes de leerme cualquier *best-seller*, por aquello de juzgarlos con la debida distancia, me embarqué en las páginas de *El niño del pijama de rayas*, de John Boyne, del que ahora todo el mundo habla. Quién me mandaría. El libro es un cúmulo de lugares comunes archimasticados, sencillo en la forma, simple en el fondo, que toma un poquito de Ana Frank, otro poquito de Roberto Benigni y unas gotas de Spielberg, y con eso construye una historia sensiblera y efectista a más no poder. La cosa no tendría mayor peligro si no fuera por lo que subyace bajo la narración: ese modo de infantilizar al lector, de decirle que él también puede ser ese niño, absolutamente inocente de cuanto pasa a su alrededor; de que el mundo es algo incomprensible en el que un puñado de locos pueden encerrarnos, de un día para otro, en un cuarto sin ventanas y abrir la espita del gas. Para qué leer a Sebald, a Haffner. Por si cupiera alguna duda, siento la mayor repugnancia por todo lo que el nazismo supuso y supone para Alemania y para el resto del mundo. Pero lamento que Boyne y su chico no nos ayuden demasiado a conocer al enemigo.

Nota.- Por falta de tiempo, pero también de ganas, no fui a conocer Auschwitz, o sea, el parque temático del horror que han levantado allí. Me quedé en Czestochowa, contemplando el dolor inefable de los cristos de Duda-Gracz.

### **Suspenseo en cubanía**

Unos cuantos viajes a la isla, muchas lecturas, unas cuantas películas y discos me habían permitido hasta ahora la jactancia de crearme un pequeño experto en Cuba. Esta presunción ha quedado severamente desmentida después de recibir un correo de mi compadre Pepe Pérez Olivares, que viene a ser una especie de implacable test de cubanía. A través de una serie de sesenta y nueve preguntas –¿A qué hora mataron a Lola? ¿Qué le paso a Chacumbele? ¿Qué le pasa al niño que no llora? Aé, aé, aé... ¿qué cosa? ¿Qué quiere el bobo de la yuca? ¿A qué se le da la patada?, Si voy al Cobre, ¿qué quieres que te traiga? – uno puede comprobar si es cubano de buena cepa o un gallego comemierda que se cree Hemingway (sin sospechar que el viejo león vivió allí sin entender nada). Yo no he acertado ni quince: deshonrosa derrota.

Me he acordado de un test similar que planteé a Ilya, en este caso sobre la gaditanía. Las preguntas eran similares –¿Ese Cadi...? ¿Esto es Cadi...? ¿Cómo es la letra del Vaporcito? ¿Cuando contemplo mi barca...? ¿Aquellos duros antiguos...? ¿Me han dicho que el amarillo...?– y también lo fue el resultado, por cierto desastroso. La conclusión es que el mero hecho de nacer y criarnos en un lugar nos suministra una vastísima información, nada asequible al forastero. Algunas

cosas son inútiles, otras maravillosas, pero todas resultan envidiables para quien quiere ser, al menos, un digno hijo adoptivo.

### **Premios, para qué os quiero**

"Si ganas, no es para ponerse tonto, y si pierdes, no es para disgustarse". Uno, que sin ser muy concursero tiene dos o tres premios y ha oficiado como jurado en unos pocos, trata de observar a rajatabla esta idea deportiva de los certámenes literarios patentada por el maestro Fernando Quiñones. Vuelvo sobre ella ante el inminente fallo del Nadal, pero también a propósito de unos concursantes del premio Viaje al Parnaso, que al parecer han detectado irregularidades en el fallo que reconoció a Luis Antonio de Villena como ganador. Me parece muy bien, que impugnen si procede. Por lo visto, incluso quieren elevar al Ministro de Cultura la petición de aplicar un Código de Buenas Prácticas a estas controvertidas convocatorias, así caiga el Planeta, con el objeto de exterminar todo rastro de amiguismo y corrupción. Que la fuerza les acompañe y Changó guíe sus pasos, siempre que se cuiden de caer en aquello que Max Estrella le dijo al Ministro: "Conste que he venido a pedir un desagravio para mi dignidad y un castigo para unos canallas. Conste que no alcanzo ninguna de las dos cosas y que me das dinero y que lo acepto porque soy un canalla".



## Premios, para qué os quiero (y II)

No cierro este capítulo sin subrayar otra idea quiñonera: que un premio sólo cumple su función cuando la obra galardonada vale la pena. El resto son jurdós que se van sin sentir, fajitas que se rompen con sólo mirarlas y cuatro reseñas cagonas. Y me preocupa que se ponga más el acento en las prácticas sospechosas de los certámenes que en la calidad de las obras. De modo que propongo, para ese eventual Código de Buenas Prácticas, un compromiso firme por parte de todos los escritores, escritores y amanuenses de nuestra vieja España: No me aliviaré una línea. No escribiré aprisa para cumplir los plazos de un premio. No entregaré nada que no me convenza, para empezar, a mí mismo. Me dolerá siempre la cabeza de golpearme con el techo de mi propio talento. No diré nada que no sea más bello que el silencio.

Basta hablar con cualquiera que esté en el negocio para constatar la triste verdad: hay muchos más sellos y premios que buenos libros. Las novelas de calidad, por cierto, son las que más escasean. Incluso he llegado a saber de cierto editor que, en la víspera de un fallo, llegó a exclamar indignado: "¿Y quién dice que haya que darle el premio a un buen libro?".

## Una alfombra roja para Abdelatif

En un relato mío, *Memoria de Enzo G.*, hay un niño que instala un tenderete de sábanas en la azotea de su casa, algo así como una *jaima*, para protegerse del calor en las tórridas

tardes sicilianas. Hacia el final de la historia, el narrador, ya adulto, se pregunta qué habrá sido de su amigo, al que perdió de vista hace mucho. Sospecha que podría haber tomado algún mal camino (a esa edad a todos nos tientan los malos caminos), pero prefiere imaginarlo como un gran cineasta, que gana premios y pisa con naturalidad las alfombras rojas de mil festivales.

Cuando escribí aquello de la *jaima* pensaba en Abdelatif, un amigo del barrio ceutí de Hadú que, en efecto, construyó algo similar en su casa —ahí mismo, bajando la cuesta, junto a La Viña— para envidia de todos los niños en varias manzanas a la redonda. Soy un escritor escaso de imaginación, y mis personajes y situaciones son mosaicos que compongo con trozos de muy diversa extracción, una especie de Mr. Potato montado con piezas de aquí y allá, unidas mal que bien con el loctite de la prosa.

Pero a veces las piezas más rocambolescas encajan de un modo insólito, asombroso. Hoy, después de dos décadas sin saber de Abdelatif ni de su hermano Rafil, he descubierto que mi amigo de la infancia es ahora el director Abdelatif Hwidar, y para más señas candidato al Goya al mejor corto de ficción. Antes de dejarme arrebatar por el síndrome de Paul Auster —ese infatigable pero fatigoso cazador de casualidades—, he corrido a bajarme *Salvador (historia de un milagro cotidiano)*. Y afirmo que es una cinta excelente, de una enorme sutileza y de una poética intensa, sobre el fondo atroz del 11-M.

No he dudado en buscar el teléfono de la productora, me he hecho con su número y lo he llamado de inmediato. Mientras sonaba la señal, he temido que no se acordara de mí, que una voz demasiado ocupada me mandara al carajo. "¿Abdelatif?" Después de reconocernos, creo que me ha

caído encima toda la memoria medio diluida de aquellas vacaciones interminables, el mercado, el Morro, mis primeras curdas de feria, el Chorrillo y la Ribera, los partidos de baloncesto en el Masculino y la Normal, el cine de verano frente al cuartel de los picolos...

Quiero creer que, ante aquella modesta pantalla, empezó a germinar el futuro hombre de cine. Y que el niño que fui se sentiría orgulloso del niño Abdelatif, aquel que montaba envidiables *jaimas* en su azotea y que hoy monta sueños de celuloide.

### Burroughs y los gatos

Los Reyes Magos, que están en todo –y, más que nada, por la difusión de la lectura– les han puesto a los gatos un libro, *The cat inside*, del poeta beatnik William S. Burroughs. Como niños caprichosos, los felinos no tardaron en desdeñar el volumen, y apenas se entretuvieron en jugar un rato destrozando el embalaje, de modo que me lo he tenido que leer yo. Pero, mientras estaba tumbado en el sofá, uno de ellos se ha encaramado sobre mí y ha pasado repetidas veces los dientes por los bordes de las páginas y el lomo, dejando un casi imperceptible rastro de saliva. Porque los gatos tienen su sentido de la posesión (como esos niños, también, que corren a reclamar sus juguetes abandonados cuando otro los coge), y el instinto les permite marcar su biblioteca con estos húmedos, invisibles, peculiarísimos *ex libris*.

## **Mesa y mantel con El Barrio**

Comida de prensa con El Barrio. Nos conocemos desde hace mucho, muchas entrevistas que ya dan de comer a los cortapichas en las hemerotecas. "Tienen que ser como quinientas y pico", exagera Selu. "Esto parecen ya capítulos de *Arrayán*". Admiro mucho lo que el cantante gaditano ha construido: sin gozar de una voz excepcional, ni un físico irresistible, tiene arte y ha sabido crecer de forma natural: ahí radica buena parte de su éxito. Muy bien acompañado –su primo Dieguito, Selu, Juan Sáinz, Reina, Cecilio, Lolo el Pájaro... –, hoy El Barrio llena grandes aforos, vende mucho, en los foros de internet los fans se lo quieren comer. Sólo puedo reprocharle que de vez en cuando invoque a poetas que no ha leído, que no siente de verdad, sólo porque da lustre citarlos. La gracia de Selu no es libresca, sino espon-tánea, silvestre.

Me ha gustado encontrarlo cercano y distendido, muy centrado desde su paternidad –se le cae la baba hablando de su Beatriz– y con buenos golpes de humor. Iré a verlo el 2 de febrero en el Pabellón de Deportes, y disfrutaré con ese puñado de buenos músicos a los que he visto tocando en todos los boquetes imaginables y que ahora encienden a las masas.

Cuando nos hemos despedido con un abrazo, he recordado una anécdota de mi abuela, en gloria esté, que era experta en desbaratar mitos y aplicar curas de humildad. Un día llamó Selu a casa –otra entrevista, supongo–, y mi Yeya le dijo que yo no estaba. El cantante dejó su recado:

- Bueno, dígale por favor que ha llamado El Barrio.
- Pero ¿tú de qué barrio eres, hijo?

## La última noche de Ángel González

Tengo una foto en blanco y negro, con quince años de solera, junto a Ángel González en El Escorial. Él, recién llegado de Albuquerque, hojea el primer número de la revista *Caleta*, que acabábamos de fletar, y yo aparezco como un pipiolo feliz retratándome junto a uno de mis ídolos. Por entonces estaba convencido de que formar parte de la poesía española era emborracharte con cada uno de sus popes vivos: José Agustín Goytisolo, Caballero Bonald, Quiñones, Paco Brines, Claudio Rodríguez y Pepe Hierro, que aunque mayor en edad, no iba a la zaga en lo que a gustos dionisiacos se refiere, esa querencia por la botella que dio a la Generación del 50 el ingenioso sobrenombre de *Cosecha del 50*.

De Ángel González aprendimos que era factible escribir del amor y de lo cotidiano desde la sencillez, que la poesía podía comprometerse con las grandes utopías como con las pequeñas cosas. Al asturiano le debemos muchas lecturas memorables, pero yo guardo en mi devocionario dos textos especiales. Uno es *Dato biográfico*, con el que me he reído a carcajadas. El otro es *Me basta así*, uno de los diez o doce mejores poemas amorosos del siglo XX español, con el que muchos hemos intentado ligar infinidad de veces: si no lo logramos fue por torpeza nuestra, no de los versos.

Vi por última vez a Ángel González en un recital en Sanlúcar. Estaba muy desmejorado, tal vez su escritura había perdido mucho pulso y frescura, pero conservaba el buen humor, la paciencia y la amabilidad sin tacha.

Pero prefiero recordarlo en la noche de El Escorial, no investido de la púrpura académica, sino triunfante en un sórdido karaoke, batiéndose en retirada después de emular dignamente a Nino Bravo o a Perales. Yo quería poder decir que

me habían dado las claras del día con él, de modo que le espeté: "¡Ángel, no se vaya, la noche aún es joven!". Él me miró por encima de sus gafas y me replicó en tono condescendiente: "Hijo mío, la noche es muy vieja", y se marchó a su habitación. Eso hizo esta madrugada: irse a dormir después de una vida cantando muy bien.

## **Memoria de Adriano**

En tres días se nos fueron Pepín Bello, Ángel González y Adriano González León. De las tres pérdidas, es ésta última la que más me ha afectado, porque al venezolano me une un recuerdo lejano ya, pero intenso y entrañable. De nuevo tengo que acordarme de mis tiempos de chaval mitómano, con Ilya y con Mané, cuando la literatura era un juego de trasnoche, alcoholes y palabras. En una de éstas conocimos a Adriano entre la manada de escribas de un congreso, solitario pero ávido por compartir con gente joven su erudición y sus tragos.

Por entonces, Adriano desayunaba cerveza y, a media mañana, se pasaba al whisky con agua hasta que la noche no daba para más. Era gracioso ver cómo, guiado por un raro pudor, escondía su pelotazo de *scotch* tras el botellín de Perrier cuando pasaba alguien por su lado, en una estrategia digna del avestruz: se veía a la legua que andaba en estado de molicie étlica. "Estoy aquí bebiéndome un trago en vuestro honor", decía al encontrarnos. "Todos los tragos desde los mesopotámicos son en honor de los poetas. Como decía Omar Khayam: *Voy por el camino con mi botella y mi sombra. Afortunadamente, mi sombra no bebe*".

Un día nos insistió en que le acompañáramos a una conferencia de Umbral, que según dijo le interesaba mucho. No pudimos disuadirle y finalmente accedimos. Pero el presentador no había terminado de presentar al ilustre charlista cuando ya Adriano estaba censurando el acto con unos sonoros ronquidos.

Pero quien piense que estas anécdotas hablan de un vulgar borrachín se equivocan. En sus pleamares de licor, Adriano lograba momentos de lucidez maravillosos, que me recordaban a cierto personaje de Billy Wilder. Por ejemplo, una noche de bares me propuso que miráramos a nuestro alrededor como si presenciáramos una pista de circo: "Mira esos trapezistas, la amazona y los enanos, el hombre de alambre, los leones..." Y sería porque yo estaba un poco cocido, pero me vi deslumbrado como un niño bajo aquella sugestión.

De su literatura hablarán sus libros: una prosa pura, robusta, profusamente rica. Los cuentos de *El hombre que daba sed*, su *País portátil* –premio Biblioteca Breve– o sus *Crónicas del rayo y de la lluvia* –que abrió la colección Calembé– están entre los mejores títulos de esa fábrica de sueños que fue y es el *boom* latinoamericano. Cuando vino a Cádiz, le llevé todos estos títulos para que me los dedicara uno por uno. Cuando llegó al último, su gran novela *Viejo*, ya se le habían agotado todos los cumplidos y tenía la mano casi anestesiada, de modo que escribió: "Alejandro, no me jodas más que me vas a poner *Viejo*".

No volvimos a verle después de que cesara como agregado cultural en Madrid y regresara a su país. Pregunté a todos los venezolanos que fui encontrando durante estos años, pero nadie pudo darme pistas de él. Sabíamos que la vuelta a casa, como a Don Quijote, le devolvería quizá el orden y la cordura, pero le quitaría la vida.

Hoy Mané me ha contado que Adriano murió en la barra de un restaurante de Caracas. Dio un trago y sus ojos se cerraron. Descansa, querido Adriano. Llevo años sin probar el whisky, pero esta noche me bebo uno por ti. Con agua.

### **Juan Carlos Mestre, muchos los llamados**

Con unas gotas de simpática coquetería y buena prosa, Antonio Pereira hace en *La divisa en la torre* recuento de lugares y personas, una especie de memorias fragmentarias que se leen de un tirón. De todos los episodios, me tocan tres: uno, un recuerdo anecdótico de un viaje a Palermo, sin demasiada chicha; dos, un vago encuentro con Borges en Buenos Aires; y por último, unas elogiosas palabras para el poeta Juan Carlos Mestre, que de pronto han activado algún resorte dormido de mi propia memoria y me han hecho sonreír.

De Mestre me había hablado con fervor Paquita Aguirre, y lo que diga mi Paca va a misa, de modo que cuando supe que venía a leer poemas a Cádiz fui el primero en la puerta. Creo que también asomó por allí ese cacho de pan que es Juan Carlos Sierra, y por fin apareció el poeta. Y pare usted de contar. No había llegado ni el eventual presentador, que si no me equivoco era Enrique García-Máiquez. El pobre Mestre, que también es músico, venía cargado con un estuche enorme donde guardaba algún raro instrumento. Pero nos quedamos con las ganas: diez minutos, veinte minutos... nadie.

Cualquiera que participe en un acto similar, una lectura o un concierto, sabe que son muchos los llamados, pero



puedes encontrarte en aquella situación que Borges contaba con arte: "Si llega a faltar uno más, no cabe". En fin, que nos fuimos a La Manzanilla, que bebimos y conversamos, y que fue un lindo encuentro. Sólo faltó que interpretara algo con aquel trasunto de acordeón. Y como la lectura la pagaba la Administración, luego a Juan Carlos y a mí nos quedó la culpable sensación de que nos habíamos aprovechado del erario público para nuestro goce exclusivo. Pero cuando salimos a la calle, con unos cuantos sorbos de oro líquido en el cuerpo, nadie corrió a detenernos.

## **Amor Amarillo**

"Sé que es un prejuicio", admitió alguien durante la cena, "pero he acabado pensando que los chinos y los japoneses no sienten como nosotros, me cuesta creer que quieran a sus parejas, incluso a sus hijos". Otros en la mesa se han mostrado de acuerdo, y con no poca audacia han concluido que los orientales no saben amar. Sólo he estado una vez en China y una vez en Japón, de modo que no tengo un campo de estudio demasiado amplio. Pero me atrevería a decir que tanto en un país como en otro –ambos tan diferentes– la gente parece a simple vista tan amorosa (con quien procede, claro) como en cualquier otro lugar. Menos expresivos, quizá, más cuidadosos de invadir el espacio del otro; menos epidérmicos, sin duda; sólo efusivos, tal vez, cuando el vino los desinhibe, pero en ningún caso distantes o insensibles.

Me ha hecho gracia llevar precisamente esta noche en la mochila una antología de Guojian Chen, *Lo mejor de la poesía amorosa china*, un título que para mis amigos parece

casi una paradoja. Basta hojearlo para preguntarse si alguien puede escribir sin saber qué es el amor –y el dolor que con frecuencia arrastra– estos versos:

*Laúd en mano, subo al alto pabellón,  
vacío, pero lleno de luz de luna.  
Vibran acordes de amor.  
Se me quiebran las entrañas.  
Y también las cuerdas.*

Nota.- Los japoneses también andan sobrados de argumentos similares, pero la más bella expresión –y contención– amorosa que se me viene a la mente es el último diálogo de la película *Hana-bi* de Takeshi Kitano, cuando antes de morir los amantes no prorrumpen en llanto; tan sólo se dicen, escuetamente: "Gracias".

## **Maribel Verdú me dedica su Goya**

Dije que me tragaría la gala entera, y lo he hecho. Dos alegrones grandes, los Goya para Abdelatif y Lucina Gil, me han eyectado del sofá como si me hubieran dado el premio a mí. Pero también he sentido una alegría explosiva, especial, absurda, retrospectiva, nostálgica, cuando después de cinco candidaturas frustradas han reconocido a Maribel Verdú como mejor actriz.

Yo caí presa de un enamoramiento fulminante cuando, muy de pipiolo, vi a una Verdú post-adolescente posando con gasas transparentes para Interviú. "En esto veo, Maribel, la grandeza de Dios", debí de pensar, porque desde entonces

me dediqué a coleccionar todas sus cintas, sus entrevistas, sus fotografías. Recuerdo que promocionó una marca de maquillajes y fui a la mercería de mi barrio para pedir el cartel, y luego a la tienda de lencería cuando promocionó ropa interior, y habría ido a un taller de vulcanizados si ella hubiera anunciado llantas de aleación. Gracias a ella supe lo que otras generaciones habían sentido con Sarita Montiel o con la Garbo: una adoración casi religiosa por un rostro en la pantalla, una veneración que te hacía temblar, que te quitaba el sueño. "¿Esa actriz, que sólo sabe enseñar las tetas en las películas?", me decían, para martirizarme, mis sádicos amigos. A mí me daba igual: la amaba.

A Tornatore igual le habría gustado la escena: Miguelito y yo, en plena edad del pavo, tumbados al sol en uno de los módulos del Paseo Marítimo. Aparece mi hermano, "¡Baja, corre, es la Verdú, que se te escapa!" El corazón hace carambolas en el pecho, pero es cierto, es ella, por la orilla de la playa de Cádiz, acompañada por su madre, pido un papel y un boli en el chiringuito más próximo y corro por la arena hasta abordarla. Sólo quiero un autógrafo, no molestar a la diosa. "Ninguna molestia, ¿por qué no nos acompañas un poco?" Y ahí que me vi paseando con mi estrella del celuloide, charlando de esta o aquella película hasta la muralla de Cortadura, donde entendí que madre e hija querrían estar tranquilas y empecé a despedirme. "No te irás a marchar sin darme un beso, ¿no?" Y yo, que deliraba como el niño de *Malena* ante Mónica Bellucci, me abandoné a la caricia de dos castos ósculos cuyo efecto alucinógeno me duró mucho tiempo. Dejé de coleccionar fetiches de la Verdú, sí, pero nunca olvidé la generosidad que esa mujer tuvo con un pobre chico mitómano, el modo tan amable con que hizo mi sueño realidad.

Hoy, al recoger su premio, ha querido dedicarlo, entre otros, a quienes desde sus casas habían saltado de alegría al escuchar su nombre como ganadora. Me he dado por aludido, y he sentido avivarse la brasa de una vieja admiración. La deuda que uno contrae con quienes lo han hecho soñar nunca caduca.

### **Arrufat y el peso de los libros**

Me parece que estoy viendo a Antón Arrufat balanceándose al anochecer en una mecedora de casa de Maggie Mateo, en El Vedado habanero, hablando de Virgilio Piñera y de la poesía española con humor y verbo lento, lleno de pausas reflexivas en las que, cuando aprieta los labios finos, se da cierto aire a Billy Bob Thornton. Pero en realidad estoy acabando su novela corta *Mi antagonista*, la disfruto como antes he disfrutado su poesía, su teatro, sus relatos.

Arrufat escribió hace cuarenta años un drama, *Los siete contra Tebas*, que molestó al régimen castrista. Me contaron que fue condenado a romperse el lomo cargando volúmenes en una biblioteca de no sé qué playa. Algún alto funcionario debió de pensar: "¿No te gustan los libritos? Pues toma dos cajas". El saber, suele decir Ilya, no ocupa lugar, pero pesa un huevo.

Hace unos años encontré por fin la obra maldita, y la leí buscando con atención dónde estaba la crítica contrarrevolucionaria: juro que no encontré nada, ni siquiera faltas de ortografía o crímenes sintácticos que justificaran ese castigo.

El escritor santiaguero volvió a La Habana, donde es una celebridad: célebre sospechoso para los castristas más

cerrados, célebre pope encumbrado para los envidiosos. No me meto en detalles que ignoro, no sé qué parte de su alma vende cada cual ni para qué, pero hablo de lo que conozco: Arrufat es un buen escritor. Publica en el extranjero –en Cádiz, sin ir más lejos, salieron sus *Ejercicios para hacer de la esterilidad virtud*– porque merece ser leído. Ni siquiera aquellos lumbagos playeros le hicieron perder el amor por la literatura.

### Braulio Ortiz, el título salvaje

En estos tiempos de marketing desaforado todo el mundo conoce el poder de un buen título o de una portada atractiva. Un libro de calidad como *La insoportable levedad del ser* funciona mejor que uno igual de interesante del mismo Kundera, como *La inmortalidad* o *La lentitud*. Y uno flojo – es mi opinión– como *La conjura de los necios* debe al título buena parte de su celebridad. Borges señalaba, en cambio, el hecho de que las grandes obras maestras tuvieran títulos bastante malos: *El ingenioso hidalgo Don Quijote*, *Hamlet príncipe de Dinamarca*, *La guerra y la paz*. Pero si no estás seguro de poder igualar sus contenidos, más vale que te busques un nombre mejor.

Braulio Ortiz Poole, colega de padecimientos periodísticos y literarios, me contó esta mañana lo que sucedió con su primera novela, poéticamente rubricada como *Francis Bacon se hace un río salvaje*:

\* Alguien la llamó *Francis Bacon se hace un LÍO salvaje*.

\* Otro la anunció como *Francis Bacon se hace un TÍO salvaje*.

\* Y un programa de radio resumió: *Francis Bacon se hace un salvaje*.

Pero lo que más me ha sorprendido se refiere a uno de los detalles más llamativos de la novela, el hecho de que las páginas se lean en horizontal (o sea, con las líneas haciendo una paralela con las costuras del libro) y no en vertical como está mandado. Algunos lectores le reprochamos la manifiesta incomodidad de ese sistema, otros le felicitaron como una excitante innovación vanguardista. Lo que yo no sabía es que la intención del autor no era someter a nadie al trance de pasar 189 páginas como si fueran un almanaque. Resulta que, al enviar el original, la impresora le hizo una jugarreta y los folios salieron así. Al editor le pareció una simpática extravagancia y la acató hasta las últimas consecuencias.

Ahora Braulio está escribiendo, despacio pero en firme, una nueva historia. Que no tome ejemplo de Torcuato Luca de Tena y le dé por emular *Los renglones torcidos de Dios*. Fuerza, amigo.

## Defender la alegría

"Aquí andamos, defendiendo la alegría". Quienes suelen llamarme al teléfono están acostumbrados a oírme responder de ese modo, un sucedáneo de ese conjuro argentino que tanto me gusta, el porteñísimo "está todo bien". Aunque el mundo se caiga sobre nuestras cabezas, hay que decirlo y creérselo: está todo bien. Y lo que no esté, se arreglará.

Me gusta decirlo y me gusta el poema de Benedetti, y me gusta la canción de Serrat y me gusta todo el disco que ambos grabaron juntos, *El Sur también existe*. Ahora, el *Noi*

*de Poble Sec* y un montón de artistas más han vuelto a grabar ese tema para hacer campaña en favor de Zapatero. Le alabo el gusto al PSOE, y también al arreglista, que ha puesto la canción más vivaracha, como más roquerita.

Un único pero: no soy partidario de que unas siglas se apropien de un territorio, de una bandera ni de una canción como ésta (por eso los himnos tienen tan poco predicamento entre los amantes de la música: porque excluyen a quienes no militan en unas determinadas filas). Vale, pues, la canasta, sólo con una condición: que el mensaje, que es hermosísimo, valga para todos. Incluso para aquellos que defienden el vinagre visceral y el colmillo torcido. No sé si la poesía sirve para ganar unas elecciones, pero sí para mirar la realidad de un modo menos áspero, más amable.

### **Matute, Pérez-Reverte: dos estilos**

Ana María Matute por la mañana, Arturo Pérez-Reverte por la tarde, ambos en el encuentro Factor Humano que se celebra en la escuela de Ingenieros. A los dos los conocí en Madrid, en cursos de verano distintos, pero simultáneos. La Matute era ya una venerable anciana que se había abierto paso en un mundo de lobos –léase escritores varones– y le gustaba repetir que Caperucita Roja era una tonta: eso lo decía con el regocijo de los niños cuando empiezan a blasfemar o aprenden sus primeras palabrotas. Aún no había publicado *Olvidado rey Gudú* y se la tenía, sobre todo, por autora de libros para niños, que era un modo –injusto y, además, falaz– de restarle méritos.

Pérez-Reverte, por entonces, ya había abierto la lata con *La tabla de Flandes*, y no podía evitar roncar un poco de superventas, por si alguien dudaba de su talento. Recuerdo que alguien comentó que, por esa regla de tres, Arguiñano era mejor escritor que Clarín, porque su libro de recetas se vendía ese verano mucho mejor que *La Regenta* o *Adiós Cordera*. Tenía aptitudes, quién lo duda, tenía buena imagen, pero sobre todo tenía ambición. Después lo he visto en muchas ocasiones, ya sean ruedas de prensa, presentaciones o charlas multitudinarias para estudiantes. A veces está más malaje, otras más afable, pero casi siempre anda a la defensiva. Con los mil y un sinónimos de la palabra imbécil se regocija y aprecia la riqueza de nuestro idioma. Le aterra tanto pasar por libresco –hombre de mundo como es– como por un escritor de escaso calado. Por si le cayera un aguijón, pateaba continuamente al aire.

"Los seres humanos se dividen entre borregos y guerreros", ha dicho el cartagenero. Lo ha matizado, claro, pero no ha dejado espacio para el término medio.

"El niño no es un proyecto de hombre", aseveró, por su parte, la Matute. "El hombre es en todo caso lo que queda del niño. Todos caminamos con nuestra infancia a cuestas".

A ella la he visto más niña que nunca; a él, con más prisa por llegar a viejo. Dos estilos. Prefiero uno, con diferencia.

### **Eduardo Jordá: vida para leerla**

Tengo pruebas de que Eduardo Jordá existe, pero algo parecido a una maldición gitana nos ha impedido encontrarnos hasta ahora. Reconozco su nombre en la portada de



sus libros —poesía, novela, prosa de viajes—, leo sus artículos, he visto fotos tuyas en la prensa, Mané me aseguró que lo había conocido en persona en Palma de Mallorca y habían trabado amistad. Su vocación de trotamundos, desde Burundi a Manila pasando por el desierto chileno, es fama. Ayer estuve a punto de romper el maleficio, en la rueda de prensa de presentación de *Instante*, su último poemario, pero mi jefe me dio otro destino a última hora: no es la primera vez que me pasa con Jordá. Me he puesto a fantasear con una de esas rocambolescas tramas de personajes ficticios cuyo fraude está siempre a punto de ser descubierto: lo siento, pero a bote pronto sólo se me ocurre el caso de *Simone*, aquella película tan mala de Al Pacino. La cabeza se me dispara y empiezo a pensar que nunca me he cruzado con Jordá en las librerías (donde siempre veo a Manuel Gregorio González, a Rivero Taravillo, a Jabo H. Pizarroso...), ni en los bares (donde me los encuentro a todos), ni en las galas de premios, ni en el mercado, donde nada cuesta encontrarse a Conget.

Para disipar la duda, lo he entrevistado por teléfono. ¿Era esa voz real, no era un actor con un guion coherente, contratado para perpetuar la broma? "No hay manera de que coincidamos", le dije. "Sí, parece que tenemos vidas paralelas", respondió, quitándole importancia y agradeciéndome el interés. Bueno, me consolé, al menos su poesía es real. Y muy buena. Los de la Fundación Lara me prometieron que me enviarían el libro por mensajería rápida. He visto la portada, he leído comentarios en periódicos y en blogs, el libro sin duda existe. Pero aún no lo he recibido.

